Breve historia del Siglo de Oro

Breve historia del Siglo de Oro

Miguel Zorita Bayón

con Juan Ignacio Cuesta

nowtilus
www.nowtilus.com

Colección: Breve Historia (www.brevehistoria.com)
www.nowtilus.com

Título: Breve Historia del Siglo de Oro
Autor: Miguel Zorita Bayón
Supervisión: Juan Ignacio Cuesta Millán

© 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Diseño y realización de cubiertas: Onoff Imagen y comunicación
Diseño de interiores y maquetación: Juan Ignacio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-822-7

Con este libro quisiera darles las gracias:

A mis padres, por servirme de ejemplo, y a mi hermano, compañero de pesares y a quien el tiempo reserva el triunfo de sus miras.

A los maestros: Juan Ignacio Cuesta, tan adelantado a su tiempo, que creyó en mí antes incluso de que yo lo hiciese; a Javier Portillo, gran creador de vocaciones; a Antonio Muñoz Carrión, tan inclinado a favorecer las buenas artes; y a Enrique Domínguez Perela, por hacerme de Cicerón en las tenebrosas llaves de tesar.

Y por último a mis escasos pero leales amigos, con quien siempre estaré en deuda.

Y además a:

Juan Manuel Higueras Álvarez, Begoña Fernández Castaño, Álvaro Muñoz, Diego García Luengas, Pablo Lueiro Valencia, Maite Antolín Ayuso, Elena Caicoya, y Jaime García Mayoral.

ÍNDICE

PRÓLOGO **13**

INTRODUCCIÓN **19**

Capítulo I

DE LA ECONOMÍA RENACENTISTA A LA ABSOLUTISTA **23**

La herencia recibida por Carlos V 23
Los banqueros Fugger 27
El problema americano 29
Las finanzas de Felipe II 31

Capitulo II

LA VIDA DIARIA EN EL SIGLO DE ORO **33**

En el hogar 33
En la Universidad 36
Las fiestas: *Procesiones* 40
Toros
Verbenas y romerías
El teatro 45
Las tabernas y la gente de mal vivir 49

Capítulo III

LA MISERIA Y EL MIEDO **53**

Pobreza, pestes, despoblación y mendicidad 53
Miserables, pícaros y delincuentes 55
La Inquisición y los herejes 58
Bufones, la élite de los desarrapados 66

Capítulo IV

LA MÍSTICA CASTELLANA **69**

El entorno político y religioso 69
Los orígenes e influencias de la mística castellana 71
Los Alumbrados 72
¿Alumbrados en San Plácido? 75
La mística castellana y sus protagonistas 78
Santa Teresa de Jesús 79
San Juan de la Cruz 82
Fray Luis de Granada 86
San Pedro de Alcántara 88
Fray Juan de los Ángeles 90
Fray Diego de Estella 90
Fray Luis de León 91
San Francisco de Borja 94
San Juan de Ávila 96
María Jesús de Ágreda 99
Miguel de Molinos 101

Capítulo V

LAS INFINITAS GUERRAS **103**

La guerra de las Alpujarras 103
La Batalla de Lepanto 106
La mal llamada «Armada Invencible» 111
El infierno de Flandes 116
La guerra de Cataluña 121
Rocroy 124

Capítulo VI

LOS AUSTRIAS **125**

Felipe II, el Prudente 125
El Oficio de Rey 128
Rey de España y Portugal 131
El infante don Carlos 134
Felipe II y los heterodoxos 137

Felipe III, el Piadoso 144
El duque de Lerma 146
La conjura de Venecia 148
De la corrupción a las conjuras 150
Los años finales de Felipe III 153

Felipe IV, el rey planeta 155
Las correrías del rey Galante 156
El Gobierno de Olivares 158
El problema sucesorio 161
Conversaciones de lo humano y lo divino 163

Carlos II, el Hechizado 166
Un niño un poco especial 166
La batalla entre validos 168
El reinado de Carlos II 170
Entre hechizos y exorcismos 174

Capítulo VII

LOS PRECEDENTES DE LA LEYENDA NEGRA **177**

Precedentes mediterráneos: la *venganza catalana* 179
Los aragoneses y Roma 180
El Saqueo de Roma 183
Precedentes europeos 184
La forja de un imperio 185
La España imperial 187
Comienzan los problemas: don Juan de Austria 188
Antonio Pérez *vs* Juan de Escobedo 190

Capítulo VIII

MITO Y REALIDAD DE LA LEYENDA NEGRA 195

Las matanzas en América 197
El problema con Flandes y los protestantes 199
El Demonio del mediodía y la Reina virgen 201
El caso de Francia 202
Aclaraciones a la Leyenda Negra: *América* 204
Flandes
Inglaterra
Francia

Capítulo IX

MISTERIOS Y BIOGRAFÍAS 211

El Conde de Villamediana 211
El mensaje oculto de *Las Meninas* 218
Pedro Páez Xaramillo 221
Los adelantados 229
Fenómenos curiosos durante el Siglo de Oro 234
¿Quién era don Quijote? 238
Tumbas perdidas 241

Capítulo X

EL PRINCIPIO DEL FIN Y LA GUERRA DE SUCESIÓN 245

Comienza la guerra 247
La guerra en España 249

BIBLIOGRAFÍA 253

PRÓLOGO

No está clara la línea divisoria entre la Baja Edad Media y el Renacimiento, pero desde luego, y según donde, cabalgaría entre los siglos XIV y XVI, coincidiendo con acontecimientos sociales como la aparición de los gremios y el desarrollo de las ciudades como espacio de convivencia y relación.

En el plano cultural se realizaron importantes progresos con respecto a la etapa anterior que, salvo en ciertos momentos, se caracterizó por enfrentamientos continuos entre reinos (emergentes o consolidados), grupos con intereses concretos, culturas y creencias religiosas enfrentadas radicalmente.

Sin embargo, no todo fue negativo, hubo hechos relevantes, como la creación de los cimientos que permitieron la llegada del Renacimiento. Por ejemplo, las Cruzadas, que en general se saldaron con un desastre en el plano bélico para los cristianos, permitieron establecer rutas por las que fluyeron importantes conocimientos. Y poco a poco estos fueron transformando las sociedades, y por tanto los modos de pensar y de enfrentarse a los retos de la existencia. La gran popularidad alcanzada por el Camino de Santiago permitió establecer una compleja red de rutas por la que circularon miles de peregrinos camino del Finisterre. Gracias a ella, Europa pudo conocer las obras y sabiduría de los filósofos, escritores, astrónomos y matemáticos griegos y romanos, pongamos por caso.

Pero no solo eso, sino que también llegaron noticias de reinos remotos que estaban situados en Asia o África. La maraña de caminos que se llamó *Ruta de las Especias* (coincidente en su mayor parte con

la *Ruta de la Seda*, así se la llamó a partir de 1877) llevó a Oriente Medio no solo el comercio, sino también el conocimiento de los importantes logros alcanzados por gentes hasta ahora remotas y legendarias. Y desde allí se difundieron por todo el orbe cristiano, hasta llegar a Santiago de Compostela o Toledo.

Prueba de ello fue la coincidencia de todo esto con la aparición fulgurante y repentina de esos prodigiosos edificios cuya construcción rozó lo sobrehumano que son las catedrales. ¿Hubieran podido concebirse sin los conocimientos llegados de Oriente? Creemos que no. Fue gracias a ello que se convirtieron en una especie de minaretes cristianos. Una seña de identidad inequívoca y un nuevo modo de entender la espiritualidad determinado por otras sensibilidades tan hasta ahora lejanas como la de los antiguos egipcios o los místicos sufíes.

En España, el Renacimiento alcanzó su punto más relevante gracias a dos acontecimientos fundamentales, uno la expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo añadida a su unión a la de Castilla, y otra su consecuencia, el Descubrimiento de América. El mundo se hizo tan grande que ya no podía interpretarse con la concepción medieval, y su control necesitó del establecimiento de monarquías absolutas y fuertes, capaces de asumir los nuevos retos.

A partir de este momento podemos empezar a hablar de un Siglo de Oro de lo español, aunque desde luego no ocupó este una centuria, sino toda una época que coincidió con los gobiernos de los miembros de la familia Habsburgo.

¿Por qué *de Oro*? Pues porque, a pesar de los problemas, los desajustes, los enfrentamientos y los contrastes, Europa, y sobre todo la vieja Hispania, experimentaron un desarrollo cultural semejante al que significó la difusión de la cultura clásica en el Imperio Romano (aunque se perdiera casi en la Edad Media).

Pero hay algo que hay que tener claro, esa denominación es una convención posterior. Quienes vivieron en aquellos momentos no fueron conscientes de ello en su totalidad, aunque sí de sus manifestaciones, que conformaron la vida de los reinos y de sus gentes.

Ejemplos: el desarrollo de las Universidades donde empezó a forjarse el pensamiento científico como herramienta que aventó el oscurantismo anterior; la sofisticación de la música; la popularización del

teatro; el acceso a la poesía de las clases desfavorecidas; mejores oportunidades de desarrollo personal (al menos para algunos); aumento del bienestar gracias a la alimentación y una incipiente medicina cada vez más eficaz. Podríamos enumerar muchas cosas, pero casi vamos a proponer algo mejor.

Si usted lee este libro, conocerá de primera mano todo esto, a través de la visión de un artista plástico joven y genial, gran experto en temas de historia, no solo por su formación académica, sino también por su desmedida afición, que le convierte en un verdadero erudito calificable de forofo (que suelen ser los que más saben de las cosas y mejor las interpretan).

Conocer el Siglo de Oro no solo consiste en empaparse de un montón de fechas, acontecimientos políticos o religiosos y biografías de los protagonistas principales, es también tomar contacto con lo que pasaba en la calle, con el día a día de unos españoles que estaban vivos y dotados de una exhuberante creatividad allí donde estuvieran, y lo demostraron con hechos.

Al igual que si entráramos en una máquina del tiempo, Miguel Zorita Bayón nos lleva de paseo por aquella época, repleta de anécdotas y hechos curiosos poco conocidos que nos permiten saber algo más de un tiempo en que se alcanzaron cotas máximas en muchos campos, algunos loables y otros no tanto.

Fueron hijos de ese tiempo Miguel de Cervantes Saavedra, que no solo creó la novela moderna, sino que lo hiciera como lo hiciera, escribió una de las más importantes de la historia de la literatura. Una obra magna en la que se pueden encontrar lecciones universales y vigentes en todo tiempo. Además, redactada con tal perfección que nadie puede dudar hoy de acudir a ella en busca de estilo y buen hacer. Francisco de Quevedo, autor de grandes monumentos poéticos; Lope Félix de Vega Carpio, un dramatugo a la altura de William Shakespeare; Calderón de la Barca, Góngora..., por hablar de literatos. Porque si lo hacemos de pintores, tenemos a Carreño, Velázquez, Claudio Coello, Murillo, Valdés Leal..., otra lista que sería interminable y excesiva para un prólogo.

En el campo político, se destacan los recovecos y zonas desconocidas de reyes como Felipe II, que a la luz de las modernas investiga-

ciones aparece como un hombre contradictorio, a caballo entre la ortodoxia más furibunda y una herterodoxia menos conocida que le llevó a rodearse de gentes que, sino fuera por él, hubieron ido de cabeza a los calabozos de la Inquisición, como Juan de Herrera o el extremeño Benito Arias Montano. Un hombre también muy supersticioso que reunió en su obra arquitectónica más notable, el Monasterio de El Escorial, casi ocho mil reliquias que le protegieran tanto a él en persona, como a sus ascendientes y sus descendientes. También creyó que incorporándolas en algunos lugares de aquel santuario estaría protegido contra los embates del maligno. Un lugar que serviría de tapón de una hipotética *Boca del Infierno*, que en realidad no fue más que una leyenda mal contada relacionada con actividades minero-metalúrgicas de la sierra de Guadarrama.

Conoceremos también a sus sucesores y sobre todo la peripecia personal de los más desgraciados, como fueron su propio hijo Carlos, que terminó muriendo joven víctima de sus desarreglos, o aquel pobre hombre enfermo que fue Carlos II, al que se sometió a verdaderas torturas para que pudiera dejar un descendiente. Y como no lo consiguió los Habsburgo tuvieron que dejar paso a otros candidatos, el Archiduque Carlos de Austria y Felipe V Borbón (ya sabemos que la Guerra de Sucesión fue ganada por este último).

Capítulo importante es el que, a través de sus personajes principales, trata de uno de los fenómenos más extraordinarios de todos los tiempos, la aparición de una mística castellana, semejante en muchos de sus presupuestos y manifestaciones a la desarrollada por otras creencias filosóficas o religiosas. Sin tener un contacto claro con ellas, abarca temas que son comunes a algunos de las prácticas de los budistas zen o los sufíes, que aunque son musulmanes también tienen orígenes filosóficos universales elaborados por Sócrates o Platón.

Hay muchas cosas más, como la biografía de personajes remotos que realizaron hazañas extraordinarias, como el madrileño Pedro Páez Jaramillo, descubridor de las fuentes del Nilo Azul, tras visitar multitud de prisiones en tierras árabes. Una relación de algunos fenómenos curiosos y extraordinarios acaecidos en los cielos que llamaron la atención en su tiempo y llevaron a pensar si no estarían ante un fin del mundo o una señal orientatativa, como la observada por el Cardenal

Cisneros cerca del pueblo de Titulcia, que le llevó camino de Orán para luchar contra los turcos.

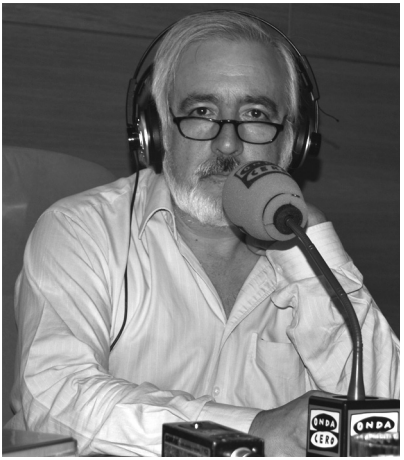
Hay dos capítulos dedicados a analizar los prolegómenos y nacimiento de la Leyenda Negra que afectó tanto a la monarquía española (en especial a Felipe II), como al resto de españoles.

Gracias a una labor taimada, interesada y orquestada para sumirnos en el más negro de los desprestigios, personajes como Guillermo de Orange o el secretario real Antonio Pérez disimularon sus propios problemas. Una *Leyenda* aprovechada por todos nuestros enemigos a lo largo de la historia que, aunque en parte está justificada por las prácticas de la Inquisición, sirvió para ocultar que quienes la crearon tampoco respetaron especialmente a nadie. Mientras que en España se ejecutó a menos de cien personas por herejía, en Alemania por ejemplo se condenó a cerca de quince mil.

En fin..., aquí tienen una obra para entretenerse y formarse a la vez de una forma amena. Un agradable paseo por cosas que, en realidad, son las que nos permiten saber hoy qué es lo que somos.

Disfruten de ella.

Juan Ignacio Cuesta
www.frayjuanignacio.es



INTRODUCCIÓN

Pocos son los historiadores que se ponen de acuerdo para acotar con exactitud el llamado Siglo de Oro. Los más atrevidos adelantan su inicio a los tiempos de los Reyes Católicos y los más cautos lo atrasan hasta el siglo XVII. También sucede igual con su final, que oscila entre la muerte de Calderón de la Barca (1681) y el final de la Guerra de Sucesión (1714).

En realidad, el concepto Siglo de Oro, que fue consagrado por el hispanista norteamericano George Ticknor refiriéndose a la literatura española, no corresponde exactamente a un periodo de cien años, sino más bien a un tiempo de gran creatividad cultural a caballo entre el Renacimiento y el Barroco. La razón es sencilla, los textos en los que se inspiró hablaban de una «edad dorada» tal y como aparece reflejado en el capítulo 11 del *Ingenioso Hidalgo don Quijote*, cuando el caballero alecciona a unos cabreros hablándoles de esta manera:

> «*¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío!*»

En definitiva, el profesor de Harvard usó un concepto basado en una tradición prácticamente universal, que aparece en multitud de culturas en las que se habla de un idílico tiempo remoto, cuando los hombres eran felices y el mundo vivía en armonía y sosiego.

Este es un mito que aparecía tempranamente reflejado en la *Teogonía*, escrita por el poeta griego Hesíodo. Precisamente este autor nos hablaba en esta obra, que sería algo así como el *Génesis* de los dioses griegos, de cómo la eternidad se divide en varios periodos, y que el último siempre será el peor en comparación con los anteriores, puesto que según vayamos retrocediendo en el tiempo llegamos a una edad primigenia, una edad de oro, donde los hombres convivían felices con los dioses. Esto no deja de ser una cuestión de índole psicológica que nace del inconsciente colectivo, y consiste en creer que cualquier tiempo pasado fue mejor, como así aparece en el *Antiguo Testamento* (el Paraíso) y en tantos libros de cabecera de las principales religiones.

Realmente, esta denominación venía siendo popular desde finales del siglo XVIII, cuando ya se hablaba de un siglo áureo gracias a autores como Lope de Vega (1562-1635), que así denominó a su tiempo (inspirándose también en Cervantes). En definitiva, se asumió en lo cultural una vuelta de aquella feliz edad, y se comparó Madrid con el Parnaso.

Desafortunadamente, la realidad no se correspondía con tan idílico sueño. Posiblemente España alcanzó entonces niveles económicos, sociales, espirituales y culturales que nunca antes había tenido, pero también había muchas carencias. La vida cotidiana, y sus circunstancias era dura, en algunos momentos azarosa y no faltaban las situaciones de peligro.

Simultáneamente, fuera de España se iba creando una imagen diametralmente opuesta. Respondiendo a intereses políticos, a ciertas estrategias y a la ignorancia, se fue gestando la llamada Leyenda Negra, que tuvo gran éxito entre el resto de países europeos. Según con quien se hablase, el mundo era ideal o todo lo contrario, infernal.

En cualquier caso el Siglo de Oro y la Leyenda Negra fueron parejos, como cara y cruz de una misma moneda que nunca mostró ambas a la vez, debido a los apasionamientos, prejuicios, idealizaciones exageradas y cierta ingenuidad.

Con el tiempo hubo intentos de contrarrestar toda esta negatividad con otras tantas leyendas blancas, rosas o de diversos matices cromáticos, tan poco imparciales como sus contrarias. Así se continuó echando leña al fuego de la mitificación y se nubló la realidad, en mu-

chos casos atendiendo a motivaciones tan humanas como sencillas de comprender.

Todo lo expuesto, visto con objetividad, no solo nos invita a la desmitificación, sino también a hacer un esfuerzo por descubrir episodios y personajes asombrosos que, situados en un humilde segundo plano, fueron piezas indispensables para poder llegar a hacernos una idea menos confusa de lo que fueron en realidad el Siglo de Oro y la Leyenda Negra, que analizaremos específicamente.



Medallón de los Reyes Católicos en la fachada de la Universidad de Salamanca.

Capítulo I

DE LA ECONOMÍA RENACENTISTA A LA ABSOLUTISTA



La herencia recibida por Carlos V

La altura cultural del Siglo de Oro estuvo siempre estrechamente unida a lo social y a los conflictos humanos, políticos y religiosos. Casi todos estuvieron determinados por los altibajos de una economía que desde un discreto plano histórico marcó el rumbo de guerras, mecenazgos artísticos o el día a día de los españoles de la época.

Pero para conocer a fondo esta historia, hay que remontarse hasta el momento de la muerte de los reyes Católicos. En aquellos días, la situación política de España atravesaba momentos marcados por la gravedad que ocasionaba la inestabilidad que se vivió en los finales del

Renacimiento. El breve reinado de Felipe el Hermoso y la conflictiva situación de su esposa, Juana la loca, fueron seguidos por regencias inestables que tenían que atender los intereses contrapuestos de uno y otro reino. La unidad política de la recién creada España se debilitaba por momentos y con ello la economía.

La administración aprovechó la tesitura para enriquecerse y convertir a simples funcionarios en verdaderos magnates, gracias a una galopante corruptela. Había sobornos y concesiones que no solo provenían de otros aspirantes al tan suculento negocio de la administración, sino también desde el estamento comercial, para el que supuso una esplendida oportunidad de «sacar tajada».

De esta forma la industria capital del expansionismo castellano, la lana, se vio hundida por la pésima gestión comercial que dejaba, por ejemplo, que las dos terceras partes del producto fuesen exportadas al extranjero quedando tan solo en manos de la industria española una tercera y siempre peor parte.

Esta injusta situación suscitó protestas airadas, no solo por la pésima administración, sino ante la creciente invasión mercantil protagonizada por genoveses y flamencos.

Voces, como la del madrileño Rodrigo Luján o el vallisoletano Pedro de Burgos, criticaron la situación económica atribuyendo responsabilidades al descontrol del comercio. Sin embargo otro revés político vino a empeorar las cosas. El rey de Flandes, y por tanto beneficiario del caos, fue designado como heredero al trono español, con el nombre de Carlos I.

Sucesor de Felipe el Hermoso en Flandes y de Juana la Loca en Castilla, el jovencísimo rey dejó en manos del gobierno flamenco los asuntos económicos de España. La ambición comercial paso a convertirse en política haciendo del inminente conflicto una extraordinaria fuente de substanciosos beneficios.

Tal y como estaban las cosas, solo un hombre sería capaz de poner cierto orden frustrando las pretensiones económicas flamencas sobre el reino de Castilla. No sería otro que el Cardenal Cisneros. El regente castellano emprendió acciones eficaces para intentar erradicar el problema del funesto funcionariado, creando para ello la Universidad Complutense. Allí se consiguió estructurar una modélica administra-

ción basada en la formación. Pero maniatado políticamente por la facción flamenca apoyada oportunamente por sus oponentes, Cisneros no acertó a responder a las protestas castellanas que empezaban a generalizarse en las principales ciudades afectadas por desajustes comerciales.

En ese momento, Cisneros decidió hacer frente a las presiones políticas recurriendo directamente al rey, a quien recibiría en Castilla. Sin embargo el destino se encargó de demostrar una vez más la pequeñez de los hombres. Cuando iba de camino a recibir a Carlos I, que desembarcaba camino de España, murió por intoxicación; en el preciso momento en el que el papel que representaba era determinante.

La producción de materias primas y el potencial americano hizo de la descontrolada España una pieza muy suculenta para satisfacer el ideal imperial flamenco, representado por la casa de Austria. Nada más llegar a España, no tardaron mucho sus principales representantes en ocupar cargos políticos relevantes.



Estatua dedicada al Cardenal Cisneros en Torrelaguna, Madrid, su localidad natal.

Con resoluciones como estas, los ánimos castellanos se crisparon más aún, cuando vino a sumarse un nuevo detonante, la convocatoria de las Cortes. El viaje del césar Carlos coincidía con su campaña política para conseguir el trono de Emperador del Sacro Imperio Germánico, y como era bien sabido desde tiempos medievales, la forma más eficaz para lograr dicho nombramiento era el soborno de los propios electores. No era fácil conseguir dinero para ello, por lo que el Austria decidió recurrir a las arcas públicas de los distintos reinos de España. Para ello con-

gregó las cortes de cada uno de ellos, quedándose perplejo con la cantidad ingente de peculiaridades políticas con las que se regían unos y otros territorios. Estas diferencias, así como las exigencias recaídas sobre el pueblo a raíz del problema económico, condicionaron la entrega de dinero español destinado al nombramiento de emperador.

No obstante, la decisión de los electores se hizo saber en plena campaña política, y a la muerte de su abuelo Maximiliano, Carlos I fue nombrado emperador del Sacro Imperio Germánico. En ese mismo año de 1519, la situación en Castilla se recrudeció cuando el rey, que había jurado terminar con la ocupación flamenca de los cargos políticos, partió a Alemania para ser coronado emperador. En ese momento faltó a sus propias promesas, dejando a España a cargo del flamenco Adriano de Utrech.

El Cardenal Adriano intentó reunir unas nuevas cortes en Castilla pero, conocedor de la tensión que se vivía en la zona centro de España, optó por convocarlas en Santiago de Compostela. Así, la mayoría de los representantes de las diferentes ciudades tardaría lo suficiente en llegar como para orientarlas en su propio beneficio.

Era el año 1520 y el pueblo castellano no soportó más los abusos del poder. Los vecinos de ciudades como Segovia tomaron represalias contra sus propios emisarios a las cortes, cuando se enteraron de que estos habían aceptado los sobornos flamencos. De este modo comenzaron los primeros altercados y sublevaciones a las que se sumaron ciudades como Toledo, Salamanca, Ávila, Zamora, Soria y Guadalajara.

Adriano de Utrech decidió solucionar el conflicto por la vía militar poniendo sitio a Segovia. Pero el fracaso fue absoluto cuando llegaron las tropas del capitán toledano Juan de Padilla para defender al nuevo regidor segoviano Juan Bravo, a las que se añadieron las del madrileño Juan de Zapata y del salmantino Francisco Maldonado.

Tras su derrota en Segovia el consejo de regencia decidió tomar represalias con otras ciudades. La decisión se convirtió en una declaración de guerra abierta contra Castilla. La consecuencia fue que entraron a formar parte del movimiento opositor Cuenca, León, Burgos, Palencia, Valladolid, Ciudad Rodrigo, Cáceres, Badajoz, Úbeda y Baeza. La llamada «Revolución Comunera» fue extendiéndose a lo largo de toda Castilla.

Fue breve, pero de una importancia histórica fundamental (recordemos que es la primera revolución de la Edad Moderna). La guerra de los comuneros terminó con su derrota en la localidad vallisoletana de Villalar, el 23 de abril de 1521. Sin embargo los continuos jaques dados por los castellanos a las tropas imperiales fueron suficientes como para que Carlos I tomase conciencia de la importancia de Castilla y Aragón dentro de su imperio. Además, el problema económico iba creciendo paulatinamente.

Los banqueros Fugger

Paralelamente a la cuestión española, el monarca se enfrentaba a otro delicado asunto en los territorios heredados por vía paterna.

Como sabemos, su elección como emperador había requerido de grandes sumas de dinero para la compra de votos, y al igual que le sucedió a su abuelo Maximiliano, el joven aspirante recurrió a los Fugger, los banqueros más importantes de aquel entonces y padres del capitalismo moderno.

Con Jacob Fugger a la cabeza, estos banqueros (también conocidos en España como los «Fúcares») dieron un impulso nuevo a la banca, que a partir de entonces habría de influir directamente en la política. Para ello emprendieron complejos negocios y otros tratos con emperadores, reyes y papas.

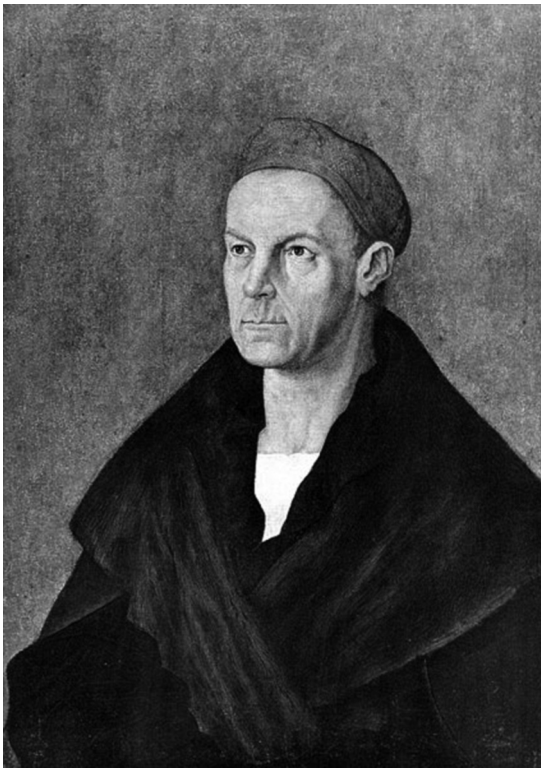
Las deudas contraídas con ellos y con otros magnates como los Welser hicieron que llegado un momento Carlos I decidiese saldar parte otorgándoles privilegios en determinados territorios españoles como forma de pago. Ejemplo, las minas manchegas de mercurio de Almadén pasaron a ser propiedad de estos influyentes banqueros.

El mercurio era un metal muy preciado, que alcanzó altas cotizaciones, no solo por la escasez de yacimientos, sino por el valor fundamental que le otorgaban colectivos como los alquimistas, cuyos servicios fueron requeridos por no pocos reyes europeos.

Los astutos Fugger anduvieron al acecho de la mejor ocasión para convertirse en los primeros accionistas de varias explotaciones mineras (como la plata del Tirol o las recientes explotaciones americanas),

al tiempo que diversificaron sus acciones en el comercio de las especias, los bienes inmuebles, o el patrocinio de artistas como el pintor y grabador Alberto Durero.

Su red bancaria se extendió rápidamente por Génova y Venecia, donde el reciente imperio también tendría acreedores y prestamistas hasta bien entrado el siglo XVII. Toda esta red financiera cayó en desgracia tras la primera bancarrota de Felipe II, elevando sus pérdidas a cifras difícilmente recuperables. Así, los Fugger quedaron relegados al simple desempeño de modestas actividades aristocráticas en sus grandes latifundios.



Jacobo Fugger (Augsburgo, 1459, 1525) fue uno de los precursores de la banca moderna. Prestamista de reyes como Carlos V o Felipe II, de nobles y de altos clérigos llegó a almacenar una inmensa fortuna que perderían sus sobrinos posteriormente, debido a la bancarrota decretada por el rey Prudente en 1557.

El problema americano

Ante tal panorama económico, nos hacemos una pregunta obvia: ¿cómo se enfrentó a esta situación el llamado Imperio Español? Lógicamente tal cúmulo de dificultades solo pudieron ser solventadas gracias a la providencial ayuda de las Indias.

El avance español en América se consolidó en aquellos años con hallazgos como el del sosegado y nuevo océano al que su descubridor Núñez de Balboa llamó Pacífico, así como los poderosos imperios con los que establecieron contacto Hernán Cortés y Francisco Pizarro.

Estos descubrimientos incluían la existencia de una ingente cantidad de oro y plata que los españoles no tardarían en explotar. Minas, como las de Potosí (Bolivia) o Guanajuato (México), aportaron una gran cantidad de metales preciosos que sirvieron para conseguir sacar a flote las finanzas de los sucesivos monarcas de la casa de Austria. El flujo de riquezas americanas no se interrumpió mientras esta dinastía hispánica estuvo en el poder. En cualquier caso, el oro de ultramar sirvió más de ayuda a sostener la inestable economía que a que progresase el imperio.

El gozo con el que se contabilizaban estas riquezas en la Casa de la Contratación en Sevilla se transformaba en disgusto ante el insaciable pozo de la deuda externa contraída con los acreedores ya mencionados, además de los costes que ocasionaron las casi interminables guerras que fueron mermando inexorablemente las arcas del reino.

De este modo las cuestiones internas fueron pervirtiendo cada vez más la situación, provocando así las sucesivas bancarrotas y acrecentando la ya pobreza endémica de la población española.

Esta falta de coordinación presente durante todo el Siglo de Oro fue criticada incluso por los máximos representantes intelectuales. Francisco Quevedo, por ejemplo, describió así en verso la lamentable trayectoria seguida por el oro americano:

«Nace en las Indias honrado
donde el mundo le acompaña,
viene a morir en España
y es en Génova enterrado».

Sumado al conflicto administrativo se encontraba el siempre incómodo tema de la piratería que, si antes del descubrimiento de América se limitaba a la costa mediterránea (con las frecuentes incursiones berberiscas), ahora también se extendía al Atlántico. Los ataques se dirigían tanto contra las colonias americanas, como contra los buques que transportaban las riquezas, y a veces llegaban hasta los puertos donde estaba previsto que estas fueran descargadas.

El problema de la piratería no solo afectaba a las pérdidas económicas directas ocasionadas por el abordaje de los cargueros americanos, sino que también crearon una fuerte inestabilidad comercial en el Nuevo Mundo. Incursiones, como las del astuto pirata John Hawkins, sirvieron para que montara su propia red comercial con los productos procedentes de las rapiñas.

Otro ejemplo es el de Francis Drake, que contaba además con el beneplácito de la corona de Inglaterra donde terminó labrándose un futuro político gracias a su carrera corsaria. Este mecenazgo por parte de la potencia europea ocasionó graves crisis diplomáticas e históricas. La consecuencia es que Drake era un héroe para los ingleses y un peligroso criminal para los españoles.



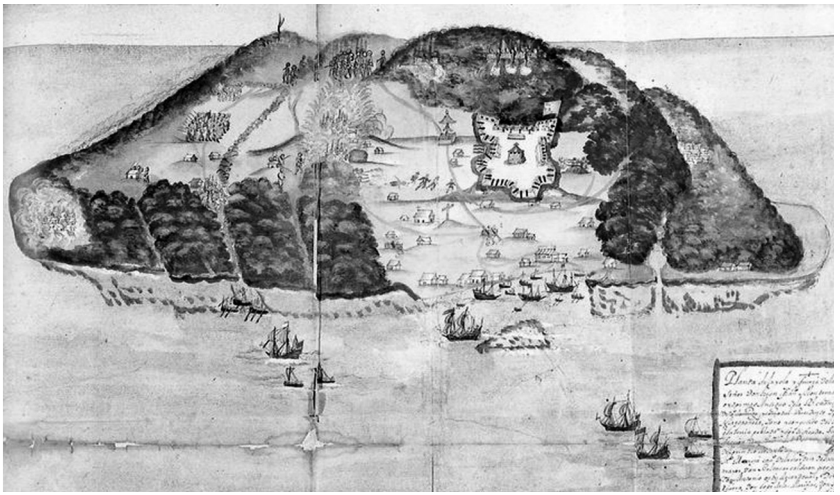


Tanto los corsarios, como los piratas, bucaneros y filibusteros, contribuyeron decisivamente a la pérdida económica en el ámbito marítimo. La monarquía se vio obligada a redoblar los impuestos y el número de hombres destinados a la seguridad.

Las finanzas de Felipe II

En el año 1556, Carlos I de España y V de Alemania, consciente de la carga que le suponía el imperio, reparte el control de su dominios entre su hermano Fernando y su hijo Felipe. Era lógico que Fernando heredase los territorios germánicos, ya que fue en ellos donde había representado al César. Felipe por su parte, como sucesor directo, recibió el resto de la herencia que incluía los territorios hispánicos donde desde su adolescencia había sido regente de su padre.

Felipe heredó un vasto territorio en el que se incluían las no menos inmensas deudas, consistentes en préstamos cuyo interés había crecido hasta límites insospechados. Del mismo modo, las potencias enemigas de su padre no cambiaron su política con la llegada de Felipe al



trono, incrementándose aún más las obligaciones contraídas con sus prestamistas.

El gobierno se vio forzado a renegociar con sus arcas hipotecadas, así que no pudo remediar la bancarrota de 1557, anunciada un año antes por el contador de finanzas reales Luis Ortiz.

En realidad esta quiebra planteó siempre ciertas dudas. Pareciera más bien que fuera una estrategia financiera para eludir las deudas con los banqueros del reinado anterior. De hecho, este cerrojazo por parte de Felipe II hizo que los Fugger cayesen irremediablemente en picado en el mundo de la banca.

A pesar de ello, la falta de dinero persistió largo tiempo, paliándose en su mayor parte con los impuestos castellanos que, como siempre, oprimían más a las clases más desfavorecidas. La pobreza aumentó en paralelo con la postura ofensiva que el llamado «rey prudente» había emprendido justificándose desde el plano de la religión. Se empeñó en diversas guerras, perfectamente evitables, que tenían como objetivo la defensa de la fe.

Todas sus obras estuvieron siempre en peligro de no realizarse, incluyendo la más ciclópea, la construcción del Real Monasterio de San Lorenzo, en el pueblo madrileño de El Escorial. Se calcula que, hasta la muerte del rey, se gastaron en las obras unos seis millones de ducados, una cantidad notable para un tiempo en el que las finanzas no eran especialmente boyantes.

***Doble página anterior*:**
Los ataques de corsarios y piratas mermaron las arcas de la hacienda Española durante el Siglo de Oro. Francis Drake (izquierda) o Walter Raleigh (derecha) llegaron ser altos cargos de la Administración inglesa durante el reinado de Isabel Tudor. Los más «ilegales» utilizaron la isla caribeña de la Tortuga como base de operaciones, desde donde atacaban fácilmente a las carracas y galeones españoles.